

PROTAGONISTAS

PERDEDOR

↓ Jordi, padre inocente



[Un joven padre catalán, Jordi, pasó siete años en prisión acusado de abusar de Silvia, su hija. Trece años después, el testimonio de aquella niña, hoy de 19 años, revela que el abusador era un compañero sentimental de la madre. Tanto Jordi como su hija exigen

ahora procesar al verdadero culpable].

Jordi, un treintañero barcelonés, se separó traumáticamente en 1997. Su esposa salía poco después con otro hombre. Al encontrarse a una mujer hundida, sacó el depredador que llevaba dentro y empezó a abusar sexualmente de la hija de Jordi y Rosa María, Silvia, de seis años. Pero manipuló a madre e hija para hacer creer a todos que el abusador era el padre. Y así ha sido durante 13 años, siete de los cuales Jordi los ha pasado en prisión.

Acusado, procesado y encarcelado por abusar sexualmente de su hijita cuando en realidad era inocente. ¿Existe peor castigo para un padre? Le quitaron a su hija, la libertad y casi la vida. Suena a un *thriller* pero es una historia real acaecida en Barcelona a finales de los años 90, aún no resuelta y que marcará para siempre a una familia hasta entonces corriente.

Mientras Jordi ha cumplido injustamente una condena, el auténtico agresor sigue libre. Él es, de entre los protagonistas de este suceso, el único que obtuvo un final feliz. Los interrogantes que esta semana baraja la opinión pública son inquietantes. ¿Por qué se declaró culpable a Jordi sin pruebas? ¿Por qué el verdadero abusador salió indemne?

La mala relación, y comunicación, entre Jordi y Rosa María fue determinante en la historia, desvelada esta semana por padres e hija en el programa radiofónico *El Món a RAC1*. «Mi ex pareja se encargó de que yo siguiera todos los pasos legales para denunciar al padre de mi hija. Lo hizo tan bien que nunca sospechamos de sus maquinaciones. Si me manipuló a mí, que ya pasaba de los 30, qué no haría con la pequeña», recuerda la madre.

El *vía crucis* de Jordi empezó en 1998, con la denuncia que lo acusaba de abusar de su nena. Se le impidió todo contacto con ella. Se sucedieron juicios, recursos y exámenes psiquiátricos. Pese a que los especialistas no hallaron en él un perfil de violador, fue condenado: «Nadie me creía, sentía impotencia por una sentencia surrealista», rememora.

El juez se basó en el testimonio de una niña temerosa y manipulada. Sin fuerza ni recursos para seguir recurriendo los fallos judiciales, Jordi ingresó voluntariamente en 2003 en la cárcel barcelonesa de Brians. Pese a una buena adaptación a la prisión, la mente de Jordi sólo pensaba en quién se la había jugado. Sospechaba de su ex mujer, la madre de la pequeña abusada.

Para entonces, la relación de Rosa María con el verdadero maltratador ya había terminado. En el proceso de separación, también convulso, la niña, entonces de 11 años, confesó la verdad. «No cambies ahora las cosas, el juicio ya está hecho», le reprendió la madre, convencida de que la triste Silvia sólo quería apoyar a su único referente en un momento de crisis.

Pero el secreto de la niña volvió a aflorar este año: «Me obligó a acusar a mi padre», insistió. La madre, crédula esta vez, se trastornó. Recuperada del *shock*, decidió contactar con Jordi para asumir la verdad. El padre había localizado a Silvia, de 19 años ya, en una red social. Una gran tensión rodeó al reencuentro de las tres víctimas, que se dieron el perdón.

Hoy, cada uno con su vida, piden justicia: una condena para el verdadero culpable y una compensación económica para Jordi.

/ Por HÉCTOR MARÍN

AZUL & ROSA

MI SEMANA / JAIME PEÑAFIEL

El príncipe ¡en los toros! y... solo

Por encontrarse en rehabilitación en Barcelona, el rey delegó en el príncipe la presidencia de la tradicional corrida de la Beneficencia, celebrada en Las Ventas (Madrid). Se trataba de una de las servidumbres del heredero, por la poca o nula afición a la Fiesta. No lo digo yo. Lo dijo don Juan Carlos a José Luis de Vilallonga: «Si el príncipe no va a menudo a las corridas probablemente es para no disgustar a su madre». Porque doña Sofía, ecologista convencida, es incapaz de poner los pies en una plaza. Son contadas

las veces que se le ha visto. Mucho me temo que Letizia, en este terreno, es como su real suegra, hasta el extremo de no acompañar, el miércoles, a su marido. En menos de una semana, le ha dejado solo dos veces. Desde que se casó, hace ya más de seis años, sólo existe, que se recuerde, una fotografía en una plaza. Fue el 12 de mayo del 2004, 11 días antes de su boda. Tampoco se ha visto a la infanta Cristina. El rey y su hija, la infanta Elena, sí son unos grandes aficionados. No sabría decir quién más de los dos.

El príncipe y la republicana

Está acostumbrado a que las marujas le aplaudan, le vitoreen y le llamen guapo allá por donde va. Aunque esta adulación sea falsa, la oye con satisfacción. ¿Consciente de merecerlo? También a moverse, protegido, por tres cordones de seguridad. Pero cuando alguien consigue traspasar esos círculos, no para estrecharle la mano sino para gritarle en la cara «¡Viva la República!» y pedirle que abdicque, el príncipe, para demostrar no ser tal como dicen de él los aduladores, se encara con su interlocutora, una muchacha que prefería ser inoportuna e indiscreta antes que cortésana, intentando, ingenuamente, mantener el tipo, democráticamente hablando.

Pero lo pierde, tuteándola cual si fuera no una ciudadana sino una súbdita al decirle: «ya has tenido tu minuto de gloria».

Sucedió el pasado viernes, 3 de junio, cuando aún no se había extinguido el eco del exabrupto real a un grupo de periodistas acreditados en La Zarzuela. El príncipe Felipe y su consorte abandonaban el Palacio de Baluarte de Pamplona, después de la entrega de los premios Príncipe de Viana. En ese momento se oyeron gritos de «¡Viva la República!». Sin amedrentarse ni esconderse, el heredero se acercó a Laura López, la joven republicana estudiante de Derecho en la universidad de Navarra.

Letizia también le dejó solo

Letizia, inexplicablemente y temiendo lo peor, no en balde procede del pueblo sencillo y llano y sabe cómo se lo gasta, se introdujo rápidamente en el coche, no sin antes animar al príncipe a hablar con la muchacha. Se dice pero no me lo creo. ¿Tuvo miedo de su propio miedo? Muchas veces el valor, el heredero demostró tenerlo, es el efecto de un grandísimo miedo. Pero, por vez primera, la consorte dejó al príncipe solo ante el peligro para que se las ventilara con aquella republicana que le pedía a gritos que abdicara, ignorando, que abdicar solo el rey

puede. El príncipe, renunciar. Cierto es que Felipe tuvo la paciencia, la cortesía y la ingenuidad de explicarle lo que no debía. La calle no es el lugar, Alteza. No olvide que para ganarse el afecto y el respeto de los ciudadanos no tiene necesidad de descender de donde está sino de ser ejemplar o, al menos, parecerlo.

Pienso que al príncipe le faltan tablas para enfrentarse a una situación tan ridículamente surrealista como ésta. De haberlas tenido, se habría comportado como su padre en una situación parecida.

¡Viva la República!

Ignoro si don Juan Carlos, ante los gritos de Laura Pérez, de «¡Viva la República!», habría respondido con un «¡Viva!». A lo mejor, sí. Algo parecido sucedió el 24 de mayo de 1963. Doña Sofía hacía solo un año que se había casado. Aún no sabía en que país vivía. Aunque, poco a poco, iba enterándose, fue testigo de un desagradable incidente en el transcurso del cual supo comportarse como quien hoy es, si bien reconoció que le habría gustado reaccionar de forma diferente a como lo hizo su esposo, el entonces príncipe. ¿El motivo? Una invitación, por parte de Pilar Primo de Rivera, delegada nacional de la Sección Femenina de la Falange, para que presenciaran, en el teatro María Guerrero de Madrid, la actuación de los Coros y Danzas. Cuando se disponían a abandonar el local, una vez finalizado el espectáculo, se encontraron que, en el exterior, se habían reunido numerosos jóvenes

carlistas que les insultaban al tiempo que vitoreaban a Carlos Hugo, otro pretendiente al trono con el silencio cuando no con el consentimiento de Franco. Así se las gastaba el dictador.

Los miembros de la escolta de los príncipes, que eran de la del general, les pidieron que aguardaran en el *hall* del teatro hasta que ellos despejaran la calle. Pero don Juan Carlos, que suele crecerse ante la adversidad, se negó a ello y decidió salir. En ese momento, los alborotadores rodearon el coche, gritando «¡Viva Carlos Hugo!». El príncipe respondió «¡Viva!», que es lo que debería haber hecho Felipe. Doña Sofía le explicó que ella hubiera contestado con un «¡Viva Franco!». Pienso que, con ello, la princesa quería dar a entender que, aunque aquellos jóvenes que les provocaban eran la mano ejecutora, de otro, a lo peor, era la orden.



A la reina no le habrá gustado ver a su hijo en los toros.

CHSSSS... Sorprendió que nadie de la familia real estuviera presente en una de las gestas deportivas más importantes del año: Roland Garros, conquistado por Rafa Nadal. Se lo merecía. ... La Casa Real ha retirado afortunadamente la decisión de restringir la libertad de expresión a la prensa. Lo que no está claro es de quién partió la descabellada orden: si del jefe de la Casa, Alberto Aza, o del jefe de relaciones exteriores con los medios, que lo ha asumido. Lo que mucho honra a Ramón Iribarren. ... Sí parece estar claro que no fue decisión del rey. ¡Ay esos cortesanos más papistas que el Papa! ... La crisis económica se deja sentir de tal manera que es la primera famosa (*¡Hola!* le dedica 17 páginas y 34 fotos a su boda esta semana) que, en vez de gastarse miles de euros en el traje de novia, ha decidido, con buen criterio, alquilarlo. Que cunda el ejemplo. ... Calificar de pelma a mi querida Julia Navarro, aunque sea con todo *cariño* descalifica a la presidenta de la Feria del Libro. Ojalá todos los autores fuéramos como ella y tuviéramos tanto éxito.